

Roberto Lumbreras Blanco

Hasta que la boda nos separe

Comedia en tres actos

© Roberto Lumbreras Blanco, 2000.

Esta obra ha obtenido los siguientes reconocimientos:

Premio Alejandro Casona 2001,

por unanimidad del jurado.

Consejería de Educación y Cultura
del Principado de Asturias.

*

Finalista del Premio Calderón de la Barca 2001

con mención especial del jurado a su calidad literaria y teatral.

Instituto Nacional para las Artes Escénicas y la Música.

Ministerio de Educación , Cultura y Deporte.

*

Premio Luis Maté 2003,

otorgado por El Ayuntamiento de Valladolid,

y Fundación BBVA,

a propuesta del Grupo Sarmiento.

A la memoria de Ramón Gómez de la Serna, “RAMÓN”.

“La habitación de RAMÓN encendida toda la noche y Ramón trabajando bajo esa luz, es seguramente algo con lo que sueñan los que lo conocen cuando se desvelan, o se levantan entre dos y cinco de la madrugada. Y cuando se viaja y se llega al amanecer a una ciudad, nos imaginamos el balcón de Ramón, iluminado en el alba, allí lejos, en Madrid, como luz de navío en las avanzadas de Europa”.

Valéry Larbaud

Esta obra se estrenó el 13 de febrero de 2004 en el Teatro Palacio Valdés de Avilés, Principado de Asturias, con el siguiente

REPARTO

RAMÓN (Ramón Gómez de la Serna).....Jorge Moreno.

NATASHA.....Eva Vallines.

EL ANTICUARIO y EL PSICOANALISTA.....Silvino Torre.

LA SEÑORA BRIGI.....Marisa Vallejo.

EL P. S. (cuya identidad revelará él mismo llegado el momento).....Adriano Prieto.

EL FOTÓGRAFO (*parte muta*).....Cualquiera pudo ser, bajo el faldón negro.

Dirección: ROBERTO CORTE.

Escenografía: DANIEL LOREDO.

Izquierdas y derechas, las de los espectadores.

ACTO PRIMERO

Madrid, 1930. En el estudio de Ramón Gómez de la Serna, “RAMÓN”, que parece El Rastro, lleno de objetos curiosos, como pisapapeles de cristal y un tarro de porcelana con la leyenda “Ideas”. Al fondo, banco con cojines decorados con motivos castellanos, una mesa auxiliar con un gramófono y discos, una mesa-escritorio adosada a la pared con una papelera al pie, y colgados un reloj y un teléfono. A la izquierda se halla hueco que da a la alcoba. A la derecha, el hueco del pasillo que da al resto de las habitaciones y a la puerta de la calle. Hacia los espectadores, una ventana imaginaria. Las paredes están literalmente empapeladas con estampas y fotografías, el cuadro de un desnudo femenino, un dibujo de Solana, etc. Y el techo con constelaciones pintadas y otros elementos decorativos sorprendentes. En el centro de la escena una mesita de camilla con un micrófono de “Unión Radio” y dos sillas. Es una tarde de octubre. Ramón aparece escribiendo en la mesa de trabajo, despeinado, sudoroso, patentizando el esfuerzo que supone el “parto” literario. Suena el timbre de la calle. Nadie sale a abrir. Insisten las llamadas. Ramón hace un rebujo a la cuartilla que estaba escribiendo y la arroja a la papelera.

RAMÓN.- ¡Adelante, la puerta está abierta!

(Entra EL ANTICUARIO)

EL ANTICUARIO.- Con permiso. Mi nombre es Rafael Cuesta, de profesión anticuario. Admirado Ramón, cuando le oí en la radio llorar la pérdida de su bella maniquí de cera, me di cuenta, no sólo de la soledad en que como hombre se había usted quedado, sino en la zozobra que como creador podía caer sin musa que le inspirase historias de amor. Y, antes de que algún chamarilero le volviese a embaucar con otro de esos burdos maniqués, me apresuré a visitarlo y a tenderle mi mano. No le quepa duda

de que mi visita le será muy provechosa en su próxima obra. Señor: tengo lo que usted necesita para ingresar en el Parnaso.

RAMÓN.- Si es usted otro vendedor de estilográficas está perdiendo el tiempo. En este momento lo único que necesito es inspiración.

EL ANTICUARIO.- ¡Precisamente! ¡Inspiración! Y para proporcionársela, he venido yo.

RAMÓN.- ¿Me quiere decir qué es exactamente lo que vende?

EL ANTICUARIO.- ¿"Vender"? ¡Oh, por favor!, ¡"vender"! ¿Qué precio pondría usted a un milagro? No se moleste en calcular lo incalculable: no está en venta. Sólo estaría dispuesto a...cedérselo. (*El ANTICUARIO mira hacia la puerta para comprobar que sigue cerrada, y prosigue, adoptando su discurso de charlatán el tono de la confidencia*). Soy un comerciante, pero no un comerciante cualquiera, y no le voy a proporcionar otra maniquí de cera que se derrita en sus ardientes brazos y que sepa a vela cuando usted la besa. El maniquí que le tengo reservado es una pieza única e irreplicable hecha al natural de la condesa Tatiana de Rusia, antes de su ejecución por las tropas revolucionarias. Fue el capricho de un General "rojo" al que encomendaron la misión de su captura y muerte, y no pudo evitar enamorarse de su altiva belleza. La réplica está hecha de una resina especial de consistencia asombrosamente parecida a la de la piel humana. Para lograr el máximo parecido con la modelo se le hizo un molde, de modo que la muñeca salió idéntica, con cada poro, con cada brillo y cada sombra improntados. Dicen que al artista le costó distinguir el original de la copia, pues parecían dos hermanas gemelas, y que al oírse las descargas del fusilamiento, la muñeca tembló estremecida por la muerte de la condesa. ¡Imagínese!: Se trata del "no va más" en autómatas, pues tiene una maquinaria perfectísima que le permite moverse con la máxima naturalidad. Y por si fuera poco, tiene movimiento sin fin, pues es la misma muñeca la que se da cuerda.

RAMÓN.- Y qué me dice del General "rojo". ¡En estos momentos debe de andar buscándola!

EL ANTICUARIO.- Pierda cuidado: ése pagó caro su capricho. Alguien le delató en una purga y fue deportado por simpatizar con el Zarismo.

RAMÓN.- Perdone mi incredulidad, pero todo eso que me dice parece un milagro.

EL ANTICUARIO.- Ya se lo dije: ¡Un milagro! Y sin embargo es verdad.

RAMÓN.- Pero, ¿por qué yo el afortunado, y no otro más rico, más influyente!
¿Qué he hecho yo para merecerlo?

EL ANTICUARIO.- Más exactamente, qué va a hacer. Digamos que tengo mucho interés en que escriba su próxima obra.

RAMÓN.- ¿Es admirador hasta ese extremo?

EL ANTICUARIO.- Le admiro, sí; pero aparte de eso, lo que quiero de usted, Ramón, es que me haga inmortal.

RAMÓN.- ¿Hacerlo inmortal? ¿Cómo?

EL ANTICUARIO.- Seguramente conozca usted el nombre de la pastelería donde venden las magdalenas que Proust hizo famosas por su novela. ¿Quién que haya pasado por Illiers no ha visitado aquel establecimiento para experimentar el supremo deleite que experimentaba el escritor al comerlas? Pues bien, yo sólo le pido a cambio una pequeña mención en su obra a mí y mi negocio de antigüedades.

RAMÓN.- Comprendo. Y supongo que debo agradecerle el que me haya elegido a mí entre tantos buenos escritores del Orbe...

EL ANTICUARIO.- No, no me lo agradezca. Si he de serle franco, sólo usted me habría servido, porque sólo a usted le serviría mi muñeca. Usted “Ramón”, poeta de los objetos, es el único ser capaz de profesar un amor platónico a una simple muñeca, sin exigir nada a cambio, ni siquiera una respuesta.

RAMÓN.- Porque para mí su silencio es un perpetuo sí aprobatorio. Es la mujer comprensiva, que sabe escuchar, que me esperará siempre, que no me traicionará nunca. ...Yo, a cambio, le prometo el eterno cortejo y el más prolongado de los preliminares amorosos.

EL ANTICUARIO.- Se ve que están hechos el uno para el otro.

RAMÓN.- (*Ilusionado*) ¿Y cómo se llama?

EL ANTICUARIO.- “Natasha”.

RAMÓN.- “Natasha”... Me gusta el nombre: me habla de la dulzura y la blancura de la nata.

EL ANTICUARIO.- En efecto, así es ella.

RAMÓN.- “Natasha”...

EL ANTICUARIO.- (*Riendo*) Veo que el nombre le ha sabido a poco.

RAMÓN.- La verdad es que estoy impaciente por conocerla.

EL ANTICUARIO.- Lo sabía. Por eso la he traído conmigo.

RAMÓN.- ¿Está aquí?

EL ANTICUARIO.- En mi automóvil. La he vestido de aristócrata, que es lo que mejor le sienta. No tengo más que ordenárselo y subirá hasta su estudio cogida de mi brazo.

RAMÓN.- Antes tengo que adecentar este cuarto.

EL ANTICUARIO.- Vaya pensando algo bonito para saludarla.

RAMÓN.- No se me ocurre nada.

EL ANTICUARIO.- ¡Qué modesto es usted!

(Nada más desaparecer EL ANTICUARIO de la escena, RAMÓN abre la ventana para ventilar la estancia, da un barrido rápido al suelo, descuelga el desnudo femenino y coloca e su lugar un icono ruso. Luego cierra la ventana, se atusa el tupé, se ajusta el nudo de la corbata y enciende una de sus pipas).

RAMÓN.- *(Refiriéndose a la pipa)* Éste es el incensario del orador: perfuma el aliento y ennoblece las palabras.

(Aparece EL ANTICUARIO con una maleta y NATASHA, que es un maniquí de mujer con un realismo inverosímil, y que representa a una joven y aristocrática “rusa blanca”, muy blanca, aunque de labios rojos, muy rojos, pómulos marcados y sonrosados, grandes ojos negros rasgados y largo cabello trigueño recogido en un soberbio tocado).

RAMÓN.- *(A media voz, apabullado por la belleza de NATASHA)* ¡Qué ven mis ojos! *(Aparta con la mano el denso humo de su pipa)* ¡Qué perfección! ¡Quién diría que es una muñeca!

EL ANTICUARIO.- Dígale algo, hombre, que no muerde.

RAMÓN.- ¡Y me entenderá?

EL ANTICUARIO.- ¡Pues, claro!: Los maniqués son políglotas.

RAMÓN.- *(A NATASHA)* Si no fuera usted una muñeca, le hubiera podido decir que era una “muñeca”; pero como es usted una muñeca, puedo jurar que nadie diría que

es una muñeca, que lo único que tiene usted de muñeca es que parece la mujer ideal, digna de ser repetida en serie para inundar los bulevares de belleza.

(EL ANTICUARIO, apartado un poco de la escena, felicita con señas a RAMÓN por su piropo improvisado).

NATASHA.- *(En perfecto castellano)* ¡Qué romántico! ¡Qué bonito! Le he cogido sólo la idea, no crea: ¡porque es usted un tanto barroco!

RAMÓN.-*(Atónito)* ¡Y habla!

EL ANTICUARIO.- ¡Cómo que habla!: ¡Pues no le digo que ésta parecía el original, y el original la muñeca! ¡Habla por los codos! Habla hasta cuando no habla, que es cuando inspira al escritor.

RAMÓN.- ¿Y las instrucciones? ¿Y el mantenimiento? Digo aceite, y eso...

EL ANTICUARIO.- ¡Nada, despreocúpese! Como a cualquier mujer: Tres comidas al día, el paseo de las tardes, el domingo el vermú que no falte, en verano toros y baile, en invierno alguna función y el chocolatito con churros, no olvidar el aniversario, alguna alhaja, piropos con prodigalidad, dureza cuando se precise y muchos mimos...¡qué voy a decirle yo que usted no sepa!

RAMÓN.- *(Incómodo por la presencia de NATASHA)* Por favor, Don Rafael. Cualquiera que le oiga pensará que soy un mujeriego.

EL ANTICUARIO.- En todo caso mujerólogo. “Mujerólogo”: dicese de la persona que entiende de mujeres” *(Aparte, a RAMÓN)* A las mujeres les repugnan los mujeriegos y se pierden por los mujerólogos. *(RAMÓN Y NATASHA se han quedado como pasmados contemplándose)*. No quiero importarle, “Ramón”. Veo que está a punto de comenzar algo grande. Aquí le dejo el prodigio, en concesión. *(RAMÓN Y NATASHA ignoran a EL ANTICUARIO, continúan embebidos en su mutua contemplación)*. Tome mi dirección y el nombre de mi establecimiento *(le mete a RAMÓN en el bolsillo de la americana una tarjeta, luego sale de puntillas cerrando la puerta él mismo. El silencio continúa hasta hacerse incómodo. Entonces, RAMÓN pone el gramófono: suena muy “piano” el nostálgico vals de “La Viuda Alegre”)*.

RAMÓN.- *(A NATASHA)* Natasha, ¿me concede este vals?

NATASHA.- *(Tomando posición para el vals en la introducción del mismo)* Tutéame, por favor. ¡Estaba deseando volver a bailar un vals!. *(Cierra los ojos, dejándose llevar por el ritmo del vals. Cruje una tabla)*. ¡Huy!

RAMÓN.- Es la tarima, que a veces cruje.

NATASHA.- No importa. Así parece que estamos en el teatro.

RAMÓN.- Yo prefiero imaginar que estamos en un palacio. (*Mirando al techo*)
¡Menuda araña cuelga del techo!

NATASHA.- ¿De bohemia?

RAMÓN.- Más bien, de bohemio. ¡No se te ocurra mirar al techo, Natasha!

NATASHA.- (*Que no puede evitar mirarlo, y descubre una enorme araña. Abrazándose con fuerza a RAMÓN, y gritando la primera vez de miedo y la segunda de asco.*) ¡Ay! ¡Ajjj!

RAMÓN.- No falla.

NATASHA.- ¿A qué te refieres?

RAMÓN.- Cada vez que se me escapa lo de la araña, todas se empeñan en bailar el chotis.

NATASHA.- (*Que se separa repentinamente y cesa de bailar*) ¿"Todas"?

RAMÓN.- Bueno, sólo dos. Mi antigua maniquí y la asistenta.

NATASHA.- ¡Pues lo de la asistenta tiene delito! ¡Podía limpiar también las arañitas!

RAMÓN.- Es que no quiere: le recuerdan aquel primer *vals* que bailamos...

NATASHA.-¿No pretenderás que me ponga celosa nada más llegar?

RAMÓN.-¿De la señora "Brigi"? Por favor, Natasha, la Señora "Brigi" podría ser mi madre. Me quiere como a un hijo. Incluso me regaña como a un hijo. (*Imitándola*) "¡Ramón, con tanto cachibache no hay quien limpie!... ¡Si un día le falta una hoja, yo no me hago responsable!".

NATASHA.- (*Temerosa de pronto*) ¡Ah! ¡Por favor: no le cuentes a la señora Brigi mi verdadera historia!

RAMÓN.- Le diré que eres una esclava, y yo te he devuelto a la libertad.

NATASHA.- ¿Eso quiere decir que me podría ir ahora mismo...? (*Mirando a la al pasillo, jugando con RAMÓN.*) Claro, que no tiene que ser ahora mismo.

RAMÓN.- Sería una imprudencia, ¡con tantas escaleras! Subirlas, se suben muy bien, pero bajarlas... ya hay que pensárselo.

NATASHA.- Pues yo creía que era al revés.

RAMÓN.- Subirlas, hasta lo recomiendan los médicos, pero de bajarlas, no dicen nada. Y es que bajarlas es muy peligroso. Un traspies, y se acabó todo. No sé si

habrás notado que en el portal hay garita para el portero, pero no hay portero: se mató por las escaleras.

NATASHA.- ¡Qué horror!

RAMÓN.- Como que los del primero han dicho que para el verano se quedan a vivir en el patio.

NATASHA.- ¡Vayas cosas que tienen aquí los vecinos!

RAMÓN.- ¡Es que ya llevamos tres porteros muertos! Claro, que el primero era bizco, y el segundo padecía de vértigos.

NATASHA.- ¿Y el último?

RAMÓN.- Un ex-legionario. Pedíamos un portero valiente, y se presentó un temerario. Nos tenía todo el día en vilo. Cada vez que bajaba gritaba aquello de “¡viva la muerte!”.

NATASHA.- Es que esas cosas no se deben decir: es tentar a la suerte.

RAMÓN.- Era para infundirse valor.

NATASHA.- Más vale que hubiera bajado rezando el rosario.

RAMÓN.- Así fue como se mató el segundo. Por no ir agarrado al pasamanos.

NATASHA.- Ah, ¿pero hay pasamanos?

RAMÓN.- En algunos tramos. Ahí está lo malo. Que hay que sabérselos.

NATASHA.- ¿Pero no hay luz?

RAMÓN.- Quita, quita, que así se mató el primero.

NATASHA.- Pues ya no entiendo nada.

RAMÓN.- Subió muy confiado el pobre con la luz encendida. Pero cuando bajó a apagarla, ¡tapatlán!

NATASHA.- ¡Qué desgracia!

RAMÓN.- ¡Y qué desagradable! Se quedó boca arriba con los ojos abiertos mirando la bombilla... Parecía que ya le estaban haciendo la autopsia.

NATASHA.- ¡Virgen Santísima! ¡Esto en vez de una casa parece una mina!

RAMÓN.- Sólo que en vez de pedruscos, te caen porteros.

NATASHA.- ¡No sé como sigue viviendo nadie aquí!

RAMÓN.- Porque aquí hay muy buena vecindad, y entre nosotros mismos nos damos ánimos. Si alguno decide bajar, no falta el vecino que abre la puerta y le indica: “¡Vamos, que solo te faltan veinte peldaños! ¡Avisa cuando llegues!”. Y cuando llega por fin al portal, siempre hay alguien que le grita “¡torero! ¡torero!” o “¡viva la madre que te parió!”. Parecido a lo que pasa en otros portales, que creo que se cruzan por la

escalera y ni se saludan. Luego presumen de escalera ancha, y sólo la quieren para lucirse.

NATASHA.- Si lo malo de esta escalera no es que sea estrecha, sino que es muy empinada, y además yo juraría que hay más de un escalón que se mueve.

RAMÓN.- No me extraña que se muevan. ¡Con tantos golpes! ¿Si a ti te diesen golpes, te quedarías quieta?

NATASHA.- No, si yo no digo nada. Cada casa es cada casa. Lo que digo es que las viviendas, como su propio nombre indica, son para vivir, no para jugarse la vida. ¡Anda que no tiene mérito vivir aquí! ¡Cómo para vivir en un rascacielos de esos, con tantos pisos!

RAMÓN.- Es que en los rascacielos no se usan las escaleras. Hay ascensor, que es como un armario que sube y baja con una cuerda.

NATASHA.- ¡Peor todavía! ¡No quiero ni pensarlo, como se suelte la cuerda del ascensor!

RAMÓN.- Pues lo más seguro es que te mates, y además vayas al infierno derecho. Aquí por lo menos, salvas el alma. Porque además tenemos en todos los descansillos una imagen de la Virgen de la Fuencisla, María del Salto. Ya verás: los domingos el portal parece un “Vía Crucis”. El que no ha vivido en este edificio no sabe lo que es rezar.

NATASHA.- ¡Pues sí que está peligroso el inmueble! Ya me ha entrado miedo. ¡Con lo aprensiva que yo soy! Mira cómo me tiemblan las piernas.

RAMÓN.- Lo que yo digo. ¡Cómo para salir ahora! Siéntate, Natasha. En esta vida no se puede andar con prisas. Antes de ir a ninguna parte, tú te quedas aquí una temporadita, y te lo piensas. *(Pausa. RAMON toma la mano de NATASHA tranquilizándola)*. Qué, ¿ya estás más calmada? Quizás haya exagerado yo un poco, pero en estos casos es mejor pecar de prudente. Además, aún tienes que probarme como autor inspirado.

NATASHA.- No, sí ya te conozco. Antes de ser tu musa ya me había puesto al día. ¡No creas que para ser musa no hay que documentarse! Por cierto, que pasé un día delicioso con las mil páginas de tu novela “La Nardo”.

RAMÓN.- ¿Mil? No estarás confundiéndola con otra?: “La Nardo” sólo tiene doscientas.

NATASHA.- ¿Qué tonta!: Olvidaba decirte que la he leído cinco veces.

RAMÓN.- Me halaga que te haya gustado tanto. Por desgracia no está teniendo mucho éxito. Será por el nombre de la protagonista: Aurelia. Al gran público le gustan nombres más altisonantes.

NATASHA.- ¡Ay si le hubieras puesto el de “Carmen”!

RAMÓN.- ¡Mejor!: Tendría que haberla hecho nacer en Rusia y haberle llamado “Natasha”...! *(De nuevo corre a la mesa y anota algo rápidamente. Luego vuelve hacia NATASHA)* ¿A que no te imaginas el título de mi próxima novela?, anda.

NATASHA.- Pues... así, sin una pista...

RAMÓN.- “Natasha”...

NATASHA.- ¿Y quién será la protagonista?

RAMÓN.- ¡Pues tú también, claro!

NATASHA.- ¡Oh! ¡Cuantos honores de golpe! No sé qué decirte. No quepo en mí de gusto.

RAMÓN.- ...De gozo.

NATASHA.- Gracias por la precisión: se ve que trabajas con las palabras.

RAMÓN.- *(Ensimismado, imaginando)* “Natasha. Novela corta”.

NATASHA.- *(Que se levanta decepcionada. A RAMÓN)* ¿Has dicho “corta”?

RAMÓN.- Depende de cuándo hayas decidido irte.

NATASHA.- ¿Y si me quedase para siempre?

RAMÓN.- ¿Es que quieres también una biografía?

NATASHA.- Quiero decir, un poco más.

RAMÓN.- Larga. Sería larga, sin duda... Pero, al final, siempre llega el “FIN”.

NATASHA.- No, claro, me hago cargo. Siempre llega el día del “adiós”.

RAMÓN.- *(Cambiano de tema)*. Natasha, ¿quieres otro piropo?: Eres blanca y rubia como la margarita: tu padre es el sol y tu madre la luna.

NATASHA.- ¡Es precioso, Ramón! ¡Otro! ¡Otro!

RAMÓN.- *(Cae de rodillas ante ella)* Natasha, ahora el esclavo soy yo: ¡Te necesito!

(En ese momento entra la SEÑORA BRIGI, la asistenta, una señora de cincuenta y tantos años, dicharachera y afable, que habla con marcado acento madrileño, y viene vestida con un sobretodo y portando útiles de limpieza. NATASHA se queda inmóvil como un maniquí convencional).

SEÑORA BRIGI.- (A RAMÓN) Jesús, señorito Ramón. ¿Está escribiendo una tragedia?

(RAMÓN se incorpora de golpe, azorado. NATASHA sigue inmóvil).

RAMÓN.- (A la SEÑORA BRIGI.) “Señá” Brigi, le presento a Natasha.

SEÑORA BRIGI.- (Limpiando el polvo con un plumero sin mirar a NATASHA, siguiendo a RAMÓN la corriente). Tanto gusto. Muy mona. Un trasto más que limpiar. ¡Con tanto cachivache no hay quien limpie a fondo! ¡Si algún día no encuentra una hoja, no me eche luego la culpa! ¡Cuánto papel! ¡Ya podía ser poeta, que escriben menos!... ¡Total, para morirse de hambre igual! (se dirige a NATASHA; le pasa el plumero por la cara).

NATASHA.- (Estornuda) ¡Aaachiss!

SEÑORA BRIGI.- (Se retira, asustada) ¡Asísteme, Virgen del Perpetuo Socorro!

NATASHA.- (A la SEÑORA BRIGI, estornudando) ¡Aaachísss! Encantada de conocerla.

RAMÓN.- (A la SEÑORA BRIGI).- Le presento a Natasha.

SEÑORA BRIGI.- (A RAMÓN) Eso ya lo había dicho.

RAMÓN.- ..Mi musa, y...

SEÑORA BRIGI- ...Y lo que quiera, hijo, que es lo normal en un joven escritor bohemio, y no esas “maniquises” que para arrancarlas un beso se desgañitaba usted a piropos, y las “maniquises”, así.. (imita su hieratismo cómicamente), como si tal cosa. ¡Bienvenido a la vida, hijo... Además, así descansará usted de tanta literatura, y de esa manía de escribir con tinta roja, que parece que se deja hasta la sangre en ello, y no le vaya a pasar como a ese Don Quijote, que se volvió loco con tanta novela... Y entre “metafora” y “metafora”, bien les hará a los dos darse un garbeo, ir a bailar, y luego darse un beso de los de verdad, de los de calor y aliento (ensimismada), que es como la prueba de que está uno vivo. (Señalando a los numerosos objetos del “rastró” que pueblan el estudio) ¡Vivo! ¡Vivo! ¡Y no como estos trastos, que están muertos, y polvo son, y llenan todo de polvo, y me dan un trabajo...¡Que porque sé que es usted un escritor bohemio, y los escritores bohemios tienen sus manías, se lo paso! (sentimental) ¡Y porque le quiero como a un hijo, qué caramba! Porque usted tiene cara de niño

bueno, y me dice unas cosas tan bonitas... tan bonitas... que estoy deseando que se llegue el lunes para venir a limpiar a esta casa, y hasta se me olvida que me paga por novelas, en vez de por semanas, es decir: de año en año...

RAMÓN.- ...Y yo también estoy deseando que llegue el lunes para ver cómo ríen mis mudos compañeros de cuarto cuando les hace usted cosquillas con el plumero, que parece usted una hada buena de todos los Pinochos a los que yo doy cobijo.

SEÑORA BRIGI.- (A NATASHA) ¡No le haga usted caso: lo dice para halagarme, el muy tunante! (Aparte) Seguro que ya le ha prometido ser la protagonista en alguna obra suya, ¿eh?

NATASHA.- Pues sí. No es tan extraño: al fin y al cabo ese es el motivo de que me encuentre yo aquí.

SEÑORA BRIGI.- ¡Jesús! ¡Qué profesionalidad! Habla como si la mandaran de una agencia de musas a domicilio.

NATASHA.- (A la SEÑORA BRIGI) ¡Qué graciosa es esta Señora. Brigi! ¿Quiere que le ayude a limpiar?

SEÑORA BRIGI.- ¿Pero, ya me está echando? (Con firmeza) ¡Aquí limpio sólo yo, que para eso limpio gratis! (Mirando la tela de araña del techo. La SEÑORA BRIGI coge el cepillo y lo dirige con poca convicción hacia la araña). ¡Madre qué tela de araña! ¡Pues no estaba el otro lunes! ¡Y además tiene una araña! ¡Qué cosa más curiosa, oye!

NATASHA.- ¡Por mí déjela, Señora Brigi! ¡Animalito! ¡si parece una funambulista de circo!

SEÑORA BRIGI.- ¡Date! (A NATASHA) ¡A usted también se le ha contagiado lo de la “metafora”!

RAMÓN.- Pues esa metáfora no la metí en “El Circo”, y la tenía encima de mi cogote! ¡Qué musa es esta Natasha!

SEÑORA BRIGI.- (Con repentina prisa, a los dos) Bueno, pues yo ya he terminado. ¡Ah!, se me olvidaba (dándose importancia. A Natasha). Soy su proveedora, ¿sabe? (A RAMÓN) Le traigo dos objetos que le he seleccionado por si tienen “metafora”. (Primero saca de un bolsillo una bombilla fundida. Se la da a RAMÓN, y espera su dictamen).

RAMÓN.- (Observa la bombilla como si fuese algo extraordinario, lo que comprueba llevándose al oído y moviéndolo suavemente): ¡Tiene, tiene metáfora!: “Bombilla fundida, pero cascabel de cristal”.

SEÑORA BRIGI.- ¡Atiza! ¡Era un cascabel de cristal!

(Ramón coloca la bombilla con los demás objetos que decoran el estudio. La SEÑORA BRIGI saca de otro bolsillo del sobretodo un pliego de lija negro. Se lo da a RAMÓN, que lo coge con la misma gravedad que antes, se aleja el pliego para obtener perspectiva de “mirador”.)

RAMÓN.- ¡Tiene! ¡Tiene metáfora! *(Coloca el pliego de lija superpuesto en un cuadro de su tamaño):* “En el pliego de lija hay una noche estrellada”.

NATASHA.- ¡Qué bonito!

SEÑORA BRIGI.- ¿Verdad que sí? *(transición)*. Bueno, pues yo ya he acabado. ¡Hasta más ver! *(Desaparece por el pasillo.)*.

NATASHA.- Hasta otro día, Señora Brigi.

RAMÓN.- Hasta el lunes, “Señá” Brigi.

NATASHA.- *(Mirando el “cuadro de la noche estrellada”)* Lo malo de los cuadros es que se cansa uno de verlos: ¡Como no evolucionan.!

RAMÓN.- *(Cogiendo a NATASHA de la mano y llevándola a la ventana)* Cosa distinta es el cuadro de la ventana, que es el único cuadro que no se cansa uno de mirarlo.

NATASHA.- ¡Es como el cine!

RAMÓN.- ¡Mejor! Pues hay colores, y olores, y hasta airecito. Mira, Natasha, mira qué bien se ve desde aquí el Otoño...

NATASHA.- ¡Qué sugerente es el Otoño!

RAMÓN.- ¡Verdad que sí!

NATASHA.- El sol se ha atenuado, y hasta se puede mirar, y da un calorcito muy agradable con el que se doran lentamente los membrillos.

RAMÓN.- Bajo los castaños, el suelo parece un puzle de hojas.

NATASHA.- ¡Uhhmm! Huele a tierra mojada: ¡Es como el olor de la vida!

RAMÓN.- Mira, Natasha; mira cómo brillan con la lluvia los adoquines de la calle. Con los adoquines mojados todas las ciudades parecen París.

NATASHA.- Escucha: se oye a lo lejos un bullicio de estudiantes...

RAMÓN.- ... Ya me los imagino: ellos sosteniendo el paraguas; ellas protegiendo los libros sobre sus pechos.

NATASHA.- Y mira qué color ocre tan bonito tiene el parque...

RAMÓN.- ... No hay sitio mejor para las citas de amor.. Están escritas en sus bancos llenos de corazones con nombres y fechas, como si fuesen panteones de la vida.

NATASHA.- (*Suspira*) ¡Qué poético es el Otoño!

RAMÓN.- ¡Qué fácil es enamorarse en Otoño!

NATASHA.- Claro, que también hace mucho quién tengas a tu lado.

RAMÓN.- Los sujetos son lo fundamental.

NATASHA.- Y es que, en esencia, eso es el amor: dos personas, una al ladito del otro.

RAMÓN.- Natasha...

NATASHA.- ¿Qué Ramón?

RAMÓN.- Me quedaría toda la vida aquí asomado mirando el Otoño.

NATASHA.- Me lo has quitado de la boca.

RAMÓN.- No, no: dilo tú. ¡Faltaba más!

NATASHA.- Es igual, pero si tú lo has dicho muy bien. Además, ¡qué tengo que decir yo, si eres tú el escritor!

(Suena el carillón del reloj de pared: da las ocho. Entonces RAMÓN se percata de algo. Cierra la ventana.)

RAMÓN.- ¡Se me había ido el santo al Cielo! ¡Rápido, Natasha, tenemos que salir ahora mismo!

NATASHA.- ¡Estupendo! ¡A la calle! Cogeré los paraguas.

RAMÓN.- No hace falta. Salimos, pero en la radio (*señala el micrófono de "Unión Radio" que se encuentra en el centro de la mesa de camilla*).

NATASHA.- ¿Yo también?

RAMÓN.- Tú la primera: serás la locutora.

NATASHA.- (*Aterrada.*) ¡Pero no tengo guión!

RAMÓN.- No hay tiempo para guiones. El guión está... ¡En tu propia maleta! ¡Eso es! De esta manera da “Ramón” las conferencias: glosando cualquier objeto, cualquiera sirve, pues todos tienen algo insospechado que ocultan en su alma. (*RAMÓN coloca la maleta de NATASHA en la mesa de camilla. Se sientan los dos entorno al precario estudio radiofónico*). ¿Preparada, Señorita locutora?

NATASHA.- ¡Qué remedio! ¡Musa, inspírate a ti misma!

RAMÓN.- (*Riendo*) Atención, que enciendo el micrófono... ¡Volamos ya!

NATASHA.- Buenas tardes, amigos radioescuchas. Bienvenido a la Radio, “Ramón”.

RAMÓN.- Gracias. Siento haberles hecho esperar: me he dormido. Un relojero suizo me construyó un curioso despertador que, en lugar de la alarma estridente que despierta con sobresaltos, toca una nana con un dulce carillón. A este artefacto debo el saludable estado de mi corazón, pero a cambio me hace llegar tarde a todas las entrevistas de mi vida.

NATASHA.- Ramón, ¿Se acuerda de su primera greguería?

RAMÓN.- ¡Cómo no! Mi propio nombre y firma: “RAMÓN”. Aprovecho la oportunidad que me brinda el micrófono para revelar un secreto sobre mi rúbrica. Se ha dicho que era simplista y hasta castiza. La verdad es todo lo contrario, pues si se rompe el huevo trucado de ilusionista que es mi nombre, son dos los que aparecen, y de lo más exóticos: RA y AMÓN, los nombres de los dioses egipcios del sol.

NATASHA.- Veo que ha traído la maleta de sus conferencias

RAMÓN.- (*Que abre la maleta de NATASHA y saca, al azar, una prenda de lencería femenina.*). No. Ésta no es mi maleta. Alguna elegante señorita y yo hemos debido confundir los equipajes. El caso es que la maleta que tengo ante mí está llena de cosas que no deben citarse en público.

NATASHA.- ¡Qué lástima!

RAMÓN.-(*Apartando la maleta y alcanzando un diccionario*) No se preocupe: podemos solucionarlo con un diccionario, que al fin y a al cabo también es una maleta, una maleta donde caben todas las cosas imaginables, pues van todas perfectamente planchadas en sus veinte y pico departamentos.

NATASHA.- ¡Buena idea!

RAMÓN.- Necesito su colaboración.

NATASHA.- Será un placer.

RAMÓN.- Conforme usted vaya sacando una a una "cosas" de esta singular maleta, iré glosándolas a mi antojo. Sólo una advertencia: No se deje embaucar por el diccionario. El diccionario es como esos vendedores sin escrúpulos que venden abrigos a los clientes que sólo han salido a comprar un pañuelo. Le pondré un ejemplo: si busca en el diccionario "pionemotórax", antes curioseará en "pionefrosis" y pionemopericardio", de forma que al final olvidará consultar la palabra en cuestión.

NATASHA.- Gracias por el aviso: las sacaré al azar.

RAMÓN.- ¡Espere! Veo que este libro es de los que se abre siempre por la misma página. Cuando un libro se abre siempre por la misma página, es que tiene algo importante que decirnos. Veamos el mensaje.

NATASHA.- "Dios".

RAMÓN.- Debí imaginarlo. Es la primera palabra. La que principió todas las demás. Podemos, pues, empezar.

NATASHA.- Estoy deseando.

RAMÓN.- Un momento. ¿No echa en falta una cosa?

NATASHA.- Usted dirá.

RAMÓN.- El vaso de agua. Un conferenciante no es conferenciante sin el vaso de agua. Sólo hay un conferenciante que no bebe agua.

NATASHA.- ¿Quién?

RAMÓN.- El borracho. (*Ramón se alcanza un vaso de agua*) Ahora voy a demostrar cuál es el momento de máxima atención en la conferencia (*Bebe unos sorbos de agua*).

NATASHA.- ¿Cuál es ese momento?

RAMÓN.- Cuando el orador bebe unos sorbos de agua.

NATASHA.- ¿Podemos, pues, empezar?

RAMÓN.- ¡Adelante!

NATASHA.- Muy bien, ahí va la primera: "Cubismo".

RAMÓN.- El Cubismo es el arte de hacer mal los puzles. Es pintar balalaicas donde habría guitarras. Es retratar con espejos rotos.

NATASHA.- "Payaso".

RAMÓN.- El payaso gusta tanto a los niños porque tiene cara de tarta y nariz de guinda. Él mismo es un niño que se ha puesto la ropa de su papá y el maquillaje de su mamá. O quizás le quede grande la ropa porque dio al sastre las medidas del alma. Todos los niños debutan como payasos al comer el primer helado.

NATASHA.-“ Torre”.

RAMÓN.- De todas las torres, la más famosa es la “Torre Eiffel”, único caso arquitectónico en que el monumento es el andamio y no el edificio. Enorme caballete que sostiene el gran cuadro de París, a la torre Eiffel le deberían dar al menos una mano de pintura, pues el día que se oxide y se caiga, caerá también el paisaje de París... Y si la “Torre Eiffel” está hecha de andamios, el más difícil todavía es la torre humana, hecha con los mismos albañiles... A las torres también les pueden afectar las huelgas, como a la “Torre de Babel”. La primera huelga de la construcción fue la de la “Torre de Babel”; el patrón y los obreros intentaron llegar a un acuerdo, pero hablaban lenguas distintas... La torre más curiosa es la “Torre de Pisa”, empeñada en prescindir de las escaleras, pues cada vez se inclina más y más y llegará un día en que se pueda subir al piso de arriba sólo con levantar el pie. La “Torre de Pisa” es la única torre que, en lugar de elevarse, desciende”. “La Torre de Pisa” es una torre que nació para el turismo, y ella lo sabe y posa con afectación para los turistas. ¡Que no enderecen nunca la “Torre de Pisa”, o se acabará en Pisa el turismo!

NATASHA.- “Litera”.

RAMÓN.- No me gustan las literas. No me gusta que me plagien los sueños.

NATASHA.- “Molino”.

RAMÓN.- El molino detenido es un molino pensativo. El molino tiene el abanico roto. La pared del molino está blanqueada con harina.

NATASHA.- “Palabra”.

RAMÓN.- Con mucho gusto diré unas palabras sobre la palabra, que es la señora que me mantiene. No me declararé partidario del Nominalismo, pero hay que entender que a las cosas también les gustaría tener un nombre idóneo que no desentonara con su forma de ser. Hay pocas palabras que han tenido la suerte de un nombre a la medida. Palabras como “columna”, que es una palabra maciza y compacta como la piedra. “Asfixia”, cuya equis amenaza con asfixiarnos. “Almohada”, que es gracias a la hache la palabra más mullida del diccionario. “Prestidigitación”, que es ella misma un malabarismo de palabra. O “¡socorro!””, que tiene oes de salvavidas. Otras palabras fueron hechas con la mala intención de que dudemos. ¿Para qué sirven las voces “estalactita” y “estalagmita”? Para que dudemos. Tengo la sospecha de que han sido acuñadas por una conocida casa editora de diccionarios.

NATASHA.- “Afilador”.

RAMÓN.- El oficio de afilador es sólo un pretexto para tocar la siringa. Afilador consiste en frenar una rueda de locomotora, produciendo chispas y estridencias. El afilador es feliz pero pobre, y no hará un solo kilómetro hasta que no amortice la bicicleta.

NATASHA.- “Violín, violón, violoncelo”.

RAMÓN.- Este terceto me suena a velatorio: el violín llorando, el violoncelo rezando y el violón lamentándose. Los tres tienen algo de ataúd. Los tres son plañideras en cuyo rostro resbalan dos lagrimones en ese.

NATASHA.- “Ecuador”.

RAMÓN.- El Ecuador es la faja que le da el calorcito a la Tierra. Lo que más le fastidia al Ecuador es confundirlo con los meridianos y paralelos, que son los husos que le quedaron marcados al Mundo cuando El Creador lo bendijo.

NATASHA.- “Zoológico”.

RAMÓN.- Se llama zoológico y debería llamarse “zoo-ilógico”, pues su naturaleza se encuentra en estado antinatural. Los animales que nacen en los zoológicos creen que el mundo es sólo un decorado pintado en cuaderno de rayas. Y los niños que visitan los zoológicos creen que los tigres y las cebras tienen rayas por tomar el sol tras las rejas.

NATASHA.- “Mujer”.

RAMÓN.- Al oír esa palabra me ha dado un vuelco al corazón. No sé por donde empezar. Intentaré ser breve... La mujer es la única obra de arte que se retoca a sí misma, la única flor que cambia de perfume. La mujer es como la luna, que cuanto más se esconde más la miran, y hasta cuando no está todos señalan donde no está... Hay mujeres lánguidas con pámela de ala caída. Mujeres tímidas que se tapan la cara con celosía de mantilla. Mujeres de cutis delicado que se abanicán con “pai-pais” de seda. Mujeres con peineta que parecen guitarras. Mujeres rubias con boina roja que vuelven a ser colegialas. Mujeres japonesas que se hacen el moño con agujas de punto. Mujeres trapecistas, que son las bellezas más inalcanzables. Y mujeres en traje de novia, que tienen por un día la sombra blanca.

NATASHA.- “Eternidad”.

RAMÓN.- En la Eternidad hay crucigramas de mil palabras, los relojes tienen mil horas. En la Eternidad el aburrido en la Tierra será un aburrido eterno y el divertido conocerá el divertimento eterno, por eso hay que prepararse en esta vida: el que ría al principio reirá también al final, y siempre, por los siglos de los siglos.

NATASHA.- (*Riendo*) ¡Vaya sermón!

RAMÓN.- Quiero decir que ya en el “más acá” hay que vivir pensando en el “Mas Allá”

NATASHA.- ¿Por favor, me podría indicar cómo se va al “Más allá”?

RAMÓN.- Sí, faltaría más... Pues siguiendo la dirección que marcan las agujas de las catedrales góticas, auténticas flechas direccionales al Más Allá. Pero es un camino muy largo, y los indicadores kilométricos dicen siempre lo mismo: “más allá, todavía más allá”. Casi es mejor que le indique otro camino. El camino más seguro es seguir los tubos de los órganos catedralicios, pues en esos tubos nacen las tuberías del “Otro Mundo”. Pero llega un momento en que se acaba el tubo, y para seguir subiendo se necesita algo más...

NATASHA.- ¿Qué?

RAMÓN.- Unas alitas de ángel.

NATASHA.- “Ballet”.

RAMÓN.- El *ballet* es el arte de volar en el suelo. Cuando la primera bailarina hace el número solista convierte la escena en una caja de música. El clímax del *ballet* es cuando la bailarina está a punto de transformarse en muñeca.

NATASHA.-¿Y qué se lo impide?

RAMÓN.- El anillo de prometida.

NATASHA.- “Reloj”.

RAMÓN.- El reloj palaciego detesta la sincronía con el plebeyo, por eso se atrasa o adelanta... El reloj más puntual es el Big-Ben, especializado en dar la hora del té... El reloj más curioso es el reloj de cuco, reloj que parece la máquina de fotos con el pajarito incorporado, sacándonos la instantánea de cada hora, de modo que si las revelásemos tendríamos la película de toda nuestra vida... El reloj más sencillo es el de sol, aunque probablemente los ingleses lo llamen “de sombra”; el único inconveniente es que cuando se nubla el cielo, hay que llevarlo al relojero... Una vez tuve un reloj de bolsillo. Lo llevaba en el bolsillo de la chaqueta, pegadito a mi pecho, así que hizo amistad con mi corazón y se convirtió en su confidente. Cuando estaba enamorado, contagiado por el corazón, el reloj se adelantaba; y en mis ratos de melancolía, se atrasaba. El reloj de bolsillo tiene la ventaja de que no se lo deja uno nunca olvidado, pero el inconveniente de que se lo puede confundir con una moneda. Mi pobre reloj tuvo un triste final.

NATASHA.- ¿Pues qué le pasó?

RAMÓN.- Se me cayó en una copa de coñac y se embriagó, convirtiéndose en una brújula.

NATASHA.- ¡Bravo! Ramón, usted no es un escritor: es una fábrica de greguerías.

RAMÓN.- Sí, una fábrica con chimenea de pipa.

NATASHA.- ¿Cómo llegó a la greguería?

RAMÓN.- Como se llega a los descubrimientos salvadores de la humanidad: por urgente necesidad. Fue un agosto pesado y aburrido como el fondo abisal marino. Se había extendido por Madrid una epidemia de aburrimiento. Viendo la gravedad de la situación tuve que visitar casa por casa para prescribir el remedio.

NATASHA.- ¿En qué consistió?

RAMÓN.- Simplemente les descubrí que las cosas no son aburridas, sino uno mismo, debido a su actitud aburrida y sosa. Un oficinista se quejaba de estar cansado del sifón, y yo le hice ver que de lo que estaba cansado era de decir siempre “sifón”. Le hice una demostración pidiendo al camarero que nos trajese “ese grifo emancipado y con negocio propio”. El sifón se sintió tan halagado que nos sirvió el soda con un extra de burbujas. Ese día brindamos con agua carbónica para celebrar el descubrimiento de la greguería.

NATASHA.- ¿Se podría decir que el agua del sifón es un agua fresquita que hierve?

RAMÓN.- Pero no lo pregunte: ¡Afírmelo!, y habrá comprendido lo que es una greguería. La greguería es la afirmación que nace del optimismo. La greguería es un capotazo de verónica a la seriedad senil del mundo. Es proveerse de puntos suspensivos en las copas de champán. Es abotonarse con cuidado la camisa por temor a un descarrilamiento de botones. Es preguntarse qué peluquero le cortó al toldo tan primorosamente el flequillo. Es conquistar el corazón de una florista atreviéndose a regalarle flores. Es sospechar que todo es mentira menos el calendario. Es asomarse a un tríptico gótico como a una ventana que da al pasado. Es viajar a la Acrópolis en busca de pisapapeles. Es doblar las sábanas con el rito de una antigua liturgia, podar los rosales como si se les hiciera la manicura, limpiar los zapatos de charol con plumero. Es regañar a un loro por burlarse de las palabras. Es consolarse pensando que el anillo colado por el desagüe del lavabo ha acabado en los dedos de una sirena. Es explicar un misterio con un nuevo misterio más profundo.

NATASHA.-¿A qué se refiere?

RAMÓN.- ¿Para qué cree que los fotógrafos se ocultan bajo el faldón negro?

NATASHA.- ¿Lo sabe usted?

RAMÓN.- Para dibujar la foto.

NATASHA.- No lo hubiera imaginado.

RAMÓN.- ¿De qué cree que viven los traperos?

NATASHA.- ¿De algún negocio turbio?

RAMÓN.- De lo que encuentran en el fondo de los sillones.

NATASHA.- Es sorprendente.

RAMÓN.- “Sorpréndete a ti mismo”. Éste debería ser el verdadero lema. Pues en conocerse a sí mismo tarda uno poco, y en el mismo momento comienza uno a aburrirse (*RAMÓN le hace a NATASHA señas de que deben terminar ahí la entrevista*).

NATASHA.- “Ramón”, desgraciadamente se nos acabó el tiempo. Ponga usted el broche final con la última greguería.

RAMÓN.- La acabo de escribir en el vaho del espejo cuando me bañaba para salir en la radio.

NATASHA.- Queridos oyentes, es “Ramón” en las ondas para toda España.

RAMÓN.- “La emisora más difícil de sintonizar es el agua templada de la ducha”.

(NATASHA aplaude con entusiasmo).

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Un año después, en el estudio de Ramón. La estancia se ve renovada con algún detalle coqueto. Van a dar las siete de la tarde. Ramón y Natasha, vestidos de fiesta y cogidos de la mano muy juntos miran al reloj de pared, esperando con expectación a que el carillón dé las horas. A las siete el reloj de pared da la hora con otras tantas campanadas. Entonces NATASHA y RAMÓN se abrazan felicitándose. Ramón va hacia la mesita de camilla donde hay una tarta redonda con una velita en centro; NATASHA desaparece de escena yendo a la cocina.

NATASHA.- Voy a por el champán, amorcito.

RAMÓN.- *(Encendiendo la velita de la tarta)* “La tarta de aniversario es el único reloj que en vez de marcar las horas marca los años.

NATASHA.- *(Desde la cocina)* ¡Ve poniendo algo romántico! ¡Pon nuestro vals!

(RAMÓN pone en el gramófono el idílico vals lento de la primera vez. Entra luego NATASHA portando una bandeja con dos copas, una botella de champán y un regalo envuelto. Los dos se sientan juntos a la mesa de camilla. NATASHA sirve el champán, y alzan los dos las copas).

RAMÓN.- Brindemos por nuestro amor. Por este año de felicidad y de fertilidad. *(Mira a NATASHA, que se toca el vientre asustada y toca la madera de la silla).*

NATASHA.- ¡Un año ya!

RAMÓN.- ¡Un año! ¡Si parece que fue ayer cuando entraste por esa puerta... (*se queda ensimismado rememorándolo*).

NATASHA.- (*También ensimismada*) ...Entré por esa puerta, como una máquina perfecta, y tú, amor mío, hiciste día a día que aprendiera todas las benditas imperfecciones humanas... Las emociones, la dudas, la necesidad de ti, de tus besos, de tus caricias, de tus piropos, de tu mundo tan especial. Tú me has enseñado a reír, y también a llorar de dicha, como hoy: el día de nuestro aniversario.

RAMÓN.- Sí, Natasha, musa de mi vida... Porque tú viniste a mí para ser musa de una novela, como todas las musas, pero te convertiste en musa de todo: del escritor y del hombre... Tú, Natasha, no has sido simplemente una musa, como yo no he sido nunca un escritor a tu dictado. Tú, Natasha, no has sido una simple muñeca. No puedo creer que todo lo que nos ha ocurrido se deba a una simple y fría maquinaria (*acariciando la espalda de NATASHA*). Es más fácil creerlo todo fruto de un milagro: que tú misma, como me dijeron, eres un milagro. (*Se besan tiernamente. Luego RAMÓN, sin dejar de mirar los ojos de Natasha, y cogiendo sus manos, le recita una letanía que se supone extraída de la novela que está escribiendo*).

“Hay cosas inefables que sólo podemos decirnos con el silencio de un beso. Nuestro beso es una violenta caricia, un atropello de amor.

“Es unir tu puerta con mi puerta y hacer una sola casa.

“Nuestro beso es fuego en el agua y agua en el fuego. Creer que aún somos de arcilla y quedaremos pegados.

“Nuestro beso es comer y dejar comerse al mismo tiempo: por eso, después del beso, uno ya no es del todo uno, sino algo del otro”

NATASHA.- ¡Qué hermoso! (*NATASHA le entrega el regalo*). Esto es para ti: mi regalo de aniversario.

RAMÓN.- (*Desenvolviendo el regalo*) ¿Lo ves, Natasha? ¿Ves cómo no te comportas como una simple muñeca? (*Ve que el regalo es una pipa*) ¡Una pipa! ¡Gracias! ¡Qué sorpresa! (*Se la pone en la boca*).

NATASHA.- No vale gran cosa. Es de segunda boca (*RAMÓN pone cara de asco, pero por cortesía sigue con la pipa en la boca*). Perteneció a un poeta.

RAMÓN.- ¿Un Poeta? La usaré a ver si se me pega algo.

NATASHA.- Era tan romántico, que hasta murió de tisis.

RAMÓN.- (*Aterrado, se quita rápidamente la pipa de la boca*) ¡A ver si se me pega algo de verdad!

NATASHA.- ¿No te ha gustado, amor? ¿He hecho algo mal?

RAMÓN.- (*Que vuelve a meterse la cachimba en la boca, como el que se suicida.*) Es igual. Ya sabes que sería capaz de morir por ti. (*Cambia rápidamente de tema.*) Yo también tengo un regalo de aniversario para ti, amor mío. Algo que tiene un valor sentimental. Algo para dar digno colofón al anuario de este bendito año. (*Se levanta, y va a la mesa de trabajo, coge una cuartilla y se la tiende a NATASHA.*)
Natasha,...

NATASHA.- ¡Qué es, Ramón mío! (*coge la cuartilla*).

RAMÓN.- Hoy he terminado nuestra novela. Aquí está el “fin”.

NATASHA.- (*sorprendida y aturdida, se le cae la copa*) ¡”El fin”! ¡”El fin”!
(*Apesadumbrada*) ¡Es el fin!

RAMÓN.- (*Confundido: no sabe si está pálida de gozo o de miedo*) Sí: el fin.

NATASHA.- ¡Pero eso es terrible! ¿Y lo dices como si tal cosa! “El fin”...¡Mi fin!...¡Y nuestro fin! Bonito regalo de aniversario. Yo esperaba una gargantilla, ¡no la sogá al cuello!

RAMÓN.- (*Confuso*) Pero, Natasha...

NATASHA (*Sin oírlo, sin dejarle hablar*) Resumen de “nuestro primer y único año: Presentación, nudo y desenlace. FIN de la novela... ¡Y si te he visto no me acuerdo! (*Comienza a bajar el telón lentamente. Natasha se encara con el mismo*) ¡Alto ahí! ¡Un momento! (*El telón se detiene*). Puede que haya acabado aquí la escena, pero no mi escenita. (*El telón vuelve a subir*). Porque, ¡creo yo, que todavía tendré que decir algo!, ¿no? ¡Yo no puedo aceptar cualquier final! ¡Porque está en juego nada menos que mi destino, por no hablar de mi reputación!

RAMÓN.- Por supuesto, Natasha, que tú tienes que darme antes el *pláceme*. Pero como era un regalo...Una sorpresa...

NATASHA.- ¡Y tanto que es una sorpresa! Esto no me lo esperaba hoy, precisamente el día de nuestro aniversario. (*Repentinamente seria y fría, comienza a leer la cuartilla del fin de la novela. Durante la lectura, RAMÓN pasea con nerviosismo, como esperando el veredicto de un jurado. Natasha concluye la lectura, dobla la cuartilla y se la entrega a RAMÓN*). No me gusta. Lo encuentro muy convencional, facilón, incluso cursi. Lo siento. Esperaba otra cosa. Todos esperarían otra cosa del audaz “Ramón”. Escribe otro final. No pienses en mí, ni en el aniversario.

Piensa en tu propia gloria. Cariño, es preciso otro final. Tómate el tiempo que requiera. El final de una novela tuya no debe ser cualquier final: debe ser... ¡el acabose!

RAMÓN.- Sí, quizás me haya precipitado. No me había ocurrido nunca. Con la cosa de tenerlo listo para el aniversario...

(NATASHA se ha tumbado sobre el banco, abatida. RAMÓN se ha puesto a escribir en la mesa de trabajo otro final a su novela. Ahora sí cae el

TELÓN).

ESCENA SEGUNDA

(En el mismo decorado. Ramón sigue escribiendo agónicamente el final de la novela. Son las diez de la noche. Natasha aparece dormida también de espaldas sobre el banco. Llamam a la puerta. Se despierta NATASHA dando un respingo, y se levanta para abrir la puerta).

RAMÓN.- ¡Quién será a estas horas!

NATASHA.- *(Aparte)* Creo adivinar quién es.

RAMÓN.- *(A NATASHA)* Abre tú la puerta, cariño.

(RAMÓN hace un rebujo a la cuartilla que arroja a la papelera, y sigue escribiendo de espaldas a la acción. Entran NATASHA con el anticuario, que viene caracterizado de EL PSICOANALISTA, de negro y barba blanca, gafas, pipa y maletín. Discuten ambos en un aparte.)

NATASHA.-*(Al PSICOANALISTA)* Déjale en paz, déjanos en paz. No le interrumpas. No te entrometas en nuestra vida, quiero decir, en nuestra novela.

EL PSICOANALISTA.- *(Aparte, A NATASHA)* Por eso venía, precisamente. Un año para hacer una novela. ¡Ya está bien! Estoy seguro de que tú tienes la culpa de esto. De hoy no pasará. Yo me encargaré personalmente de ello. Ahora, escóndete y no aparezcas hasta que yo te avise! ¡Y no se te ocurra hacer ninguna tontería, o te arrepentirás!

NATASHA.- *(Con la docilidad de la esclava)* Ramón, este señor ha venido para hablar contigo. *(Hace mutis por el pasillo).*

EL PSICOANALISTA.- Mi nombre es Herr Walther Friedmann.

RAMÓN.- (Mirándole con la vista cansada y sin ninguna motivación) ¿Es extranjero?

EL PSICOANALISTA.- Vienés.

RAMÓN.- Viena, ciudad bienhadada.

EL PSICOANALISTA.- ¿Conoce Viena?

RAMÓN.- Un escritor no necesita estar en ningún sitio para escribir de él.

EL PSICOANALISTA.- ¡Naturalmente! Quizá por eso escribe sobre ello: porque lo anhela, porque no lo tiene al alcance. Veo que mi terapia va a ser más fácil de lo que pensaba.

RAMÓN.- ¿Terapia?

EL PSICOANALISTA.- Discúlpeme: no he terminado de presentarme. Soy discípulo de Herr Freud, y vengo de Viena expresamente para asistir a su alma en el trance penoso que le atormenta.

RAMÓN.- No sé exactamente lo que le ha traído por aquí, pero en este momento no puedo atenderlo. Estoy intentando acabar esta novela, que a la vez no quiero dar fin, porque va a terminar con la verdadera novela que es ahora mi vida, y sus protagonistas no deseamos el desenlace, sino más bien el enlace, la novela de las mil y una noches, que ni si quiera por la noche se deja de escribir, porque contiene también los sueños, incluido ese sueño que es estar viviendo con la mujer siempre soñada...

EL PSICOANALISTA.- (*Aparte*).- Esto está más difícil de lo que parecía. No sé si el mismísimo Freud sería capaz de arreglarlo. (*A RAMÓN*) Veo que estaba bien informado de su problema. Alguien que le aprecia como escritor me ha mandado en su auxilio precisamente para ayudarle a dar a luz ese final que se le resiste. Confíe en mí y en mi experiencia con la “esterilidad creadora”. Para más detalle, le remito al caso Rachmaninov.

RAMÓN.- (*Al PSICOANALISTA, sin convicción*). Siéntese, le escucharé unos minutos.

EL PSICOANALISTA.- No, tumbese usted. Seré yo el que le escuche. (*EL PSICOANALISTA lleva cómicamente a rastras a RAMÓN hasta el banco y lo hace tumbarse boca arriba; luego se sienta a la cabecera de su “paciente”, mirando a otro lado. La escena, a media luz.*)

RAMÓN.- ¡Pero, si es que no tengo nada que decirle!

EL PSICOANALISTA.- (*Tomando nota*) “Nada”: tratándose de un escritor en plena producción, es algo grave.

RAMÓN.- No me sale. Y es que, como no me salga, no me sale.

EL PSICOANALISTA.- ¿Y porqué? ¿No tiene usted musa?

RAMÓN.- Todo lo contrario: nunca la tuve tan cerca.

EL PSICOANALISTA.- (*Que no cesa de apuntarlo todo*) ¿Cómo de cerca?

RAMÓN.- En mi propia casa.

EL PSICOANALISTA.- Entonces, ¿cohabitan?

RAMÓN.- ¡Soy un Caballero!

EL PSICOANALISTA.- No lo pongo en duda. Estoy seguro de que al menos se le habrá declarado.

RAMÓN.- Todos los días. Dos o tres veces. Sobre las mismas horas.

EL PSICOANALISTA.- ¿Y todavía es capaz de sorprenderla?

RAMÓN.- Es que la pillo distraída

EL PSICOANALISTA.- ¿Y qué dice ella?

RAMÓN.- Incoherencias. Primero no quiere, luego dice que siga, pero al final se cansa mucho y grita como una posesa.

EL PSICOANALISTA.- No sé cómo aguanta usted tanto.

RAMÓN.- Es cuestión de técnica.

EL PSICOANALISTA.- ¡Qué unidos se les ve!

RAMÓN.- Debe de transparentarse la cortina.

EL PSICOANALISTA.- ¡Qué bien encajan los dos!

RAMÓN.- ¿Pues tanto se nos ve?

EL PSICOANALISTA.- Eso no puede ocultarse: se le nota en la cara.

RAMÓN.- ¡Qué intenta sonsacarme?

EL PSICOANALISTA.- Que la posee.

RAMÓN.- ¡Oiga: en todo caso sería mutuo!

EL PSICOANALISTA.- Se poseen.

RAMÓN.- ¡Exacto!

EL PSICOANALISTA.- Un ratito cada uno, ¿no?

RAMÓN.- Al mismo tiempo.

EL PSICOANALISTA.- ¡Qué conjunción...

RAMÓN.- ...Sí...

EL PSICOANALISTA.- ...Copulativa!

RAMÓN.- (*Incómodo*) Hablando de gramática, ¿tendrá solución mi novela?

EL PSICOANALISTA.- Primero debe encontrarse como escritor. Para que me entienda: encontrar una musa.

RAMÓN.- ¿Y mi musa?

EL PSICOANALISTA.- Una perdida.

RAMÓN.- ¡Qué dice!

EL PSICOANALISTA.- Que también está perdida como musa.

RAMÓN.- Sea más explícito.

EL PSICOANALISTA.- Usted debe elegir: o musa o mujer. Sólo lo inalcanzable nos inspira.

RAMÓN.- Entiendo: si la luna se tocara, ya no sería la luna.

EL PSICOANALISTA.- Eso es: sería cualquier cosa.

RAMÓN.- ¡El fin de las metáforas! ¡La ruina de la Sociedad de Autores!

EL PSICOANALISTA.- ¡De la sociedad entera! ¡Sin la luna, se acabaron las declaraciones de amor! ¡Y sin las declaraciones de amor se acabaron los matrimonios! ¡Y sin los matrimonios, se acabaron los hijos!

RAMÓN.- Me ha conmovido. Me entran ganas de tener un hijo.

EL PSICOANALISTA.- Debe de ser ya la hora.

RAMÓN.- (*Se levanta del "diván"*) Debe disculparme.

EL PSICOANALISTA.- ¡Un momento! ¿Y su final?

RAMÓN.- Sí, claro, el final, el final. Necesito una musa (*A NATASHA*) ¡Natasha!, ¿puedes venir? (*Al PSICOANALISTA*) A veces es mejor una con experiencia.

EL PSICOANALISTA.- No me opongo. Pero vuelvan a empezar de nuevo.

RAMÓN.- ¿Desde el principio?

EL PSICOANALISTA.- Como si no se conocieran. Yo mismo se la presentaré.

RAMÓN.- ¡Estupendo! ¡Qué farsa más buena!

EL PSICOANALISTA.- "Psicodrama". Ahora vengo (*Sale en busca de NATASHA*).

(RAMÓN comienza a adecentarlo todo como la primera vez. Se repasa el peinado, se ajusta el nudo de la corbata y enciende la pipa. Al poco entra EL PSICOANALISTA llevando de la mano a NATASHA, vestida como el primer día, y la conduce ante RAMÓN. EL PSICOANALISTA hace a ambos indicaciones para que se mantengan a distancia).

RAMÓN.- (*Aparte*) Esto lo he vivido yo antes.

EL PSICOANALISTA.- (*A RAMÓN*) Con esta musa escribirá usted su final.

Ramón...le presento a Natasha.

RAMÓN.- (*A NATASHA.*) ¡Estaba seguro de que se llamaba Natasha!

EL PSICOANALISTA.- (*A NATASHA*) Natasha, le presento a Ramón.

NATASHA.- (*A RAMÓN*); ¡Lo sabía! Tiene usted cara de llamarse Ramón.

RAMÓN.- (*Después de haberla mirado de arriba a abajo*) Pues usted tiene un cuerpo de Venus, y sin embargo no se llama Venus.

NATASHA.- Muy amable. Tutéame.

RAMÓN.- (*Con entonación castiza, acercándose a NATASHA.*) Tú sí que eres amable... Poseible y perpetuable.

EL PSICOANALISTA.- (*A RAMÓN*) ¡Más distancia, más distancia! (*Da a RAMÓN un crucigrama, y les indica que se sienten en la mesa camilla, lo que hacen.*) Tomen este crucigrama. (*A RAMÓN*) Recuerde que su amor debe ser platónico. (*Yéndose*) Les dejo (*Sale. Se oye cerrarse la puerta de la calle*).

(RAMÓN arroja a la papelera el crucigrama, que decide inventarse. RAMÓN y NATASHA comienzan a "hacer" en voz alta su propio crucigrama, RAMÓN enunciando la pregunta y NATASHA respondiéndola. RAMÓN marcara el ritmo y NATASHA la entonación y los gestos adecuados).

RAMÓN.- Nombre de mujer:

NATASHA.- "Natasha".

RAMÓN.- Feria y baile castizos:

NATASHA.- "Verbena".

RAMÓN.- Recorrido de solaz:

NATASHA.- "Paseo".

RAMÓN.- Viento suave:

NATASHA.- "Brisa".

RAMÓN.- Candileja de la noche:

NATASHA.- "Luna".

RAMÓN.- Halago amoroso:

NATASHA.- “Piropo”.

RAMÓN.- Flor de la pasión:

NATASHA.- “Rosa”.

RAMÓN.- Confesión:

NATASHA.- “Declaración”.

RAMÓN.- Lo dió Amor a Psique:

NATASHA.- “Beso”.

RAMÓN.- “Apetencia:

NATASHA.- “Deseo”.

RAMÓN.- Indicación encubierta:

NATASHA.- “Insinuación”.

RAMÓN.- Afirmación:

NATASHA.- “Sí”.

RAMÓN.- Moverse con prisa:

NATASHA.- “Correr”.

RAMÓN.- Grada de inmueble:

NATASHA.- “Escaleras”.

RAMÓN.- Vino espumoso:

NATASHA.- “Champán”.

RAMÓN.- Apretón vehemente:

NATASHA.- “Achuchón”.

RAMÓN.- Hablar suavemente al oído:

NATASHA.- “Susurrar”..

(En este punto se va atenuando gradualmente la iluminación, hasta quedar enfocados RAMÓN Y NATASHA con una media luz roja).

RAMÓN.- Habitáculo íntimo:

NATASHA.- “Cama”.

RAMÓN.- Apetito carnal:

NATASHA.- ”Deseo”.

RAMÓN.- Oscuridad parcial:

NATASHA.- “Penumbra”.

RAMÓN.- en “SOBE”:
NATASHA.- “Beso”.
RAMÓN.- Quitar los botones:
NATASHA.- “Desabotonan”.
RAMÓN.- De Eros:
NATASHA.- “Erótico”.
RAMÓN.- Chupar:
NATASHA: “Lamer”.
RAMÓN.- Enhiesto:
NATASHA- “Erecto”.
RAMÓN.- Diosa de la Belleza:
NATASHA.- “Venus”.
RAMÓN.- Prenda de corsetería:
NATASHA.- “Sostén”.
RAMÓN: “Tetillas”:
NATASHA.- “Pezones”.
RAMÓN.- Abultado y elevado:
NATASHA.- “Turgente”.
RAMÓN.- Chupetear:
NATASHA.- “Succionar”.
RAMÓN.- Península carnal:
NATASHA.- “Pene”.
RAMÓN.- Asir:
NATASHA.- “Agarrar”.
RAMÓN.- Pasar la mano suavemente:
NATASHA.- “Acariciar”.
RAMÓN.- Antónimo de vestirse:
NATASHA.- “Desnudarse”.
RAMÓN.- . Monte de Venus:
NATASHA.- “Pubis”.
RAMÓN.- Contacto leve:
NATASHA.- “Roce”.
RAMÓN.- Más que caliente:
NATASHA.- “Tórrido”.

RAMÓN.- Reconocen:
NATASHA.- “Exploran”.
RAMON.- Abrazo:
NATASHA: “Apretón”.
RAMÓN.- Músculo húmedo:
NATASHA.- “Lengua”.
RAMÓN.- Sacudida epidérmica:
NATASHA.- “Escalofrío”.
RAMÓN.- Sin freno:
NATASHA. “Desenfreno”.
RAMÓN.- “Deleite”:
NATASHA.- “Placer”.
RAMÓN.- Locura:
NATASHA.- “Delirio”.
RAMÓN.- Imperativo:
NATASHA.- “¡Hazlo!”.
RAMÓN.- En “penetrar”:
NATASHA.- “Pene”.
RAMÓN.- Vaina:
NATASHA.- “Vagina”.
RAMÓN.- Unión:
NATACA: “Coito”.
RAMÓN.- Ritmo:
NATASHA.- “Vaivén”.
RAMÓN.- Empapado:
NATASHA.- “Mojado”.
RAMÓN.- Respiración:
NATASHA.- “Jadeo”.
RAMÓN.- Adverbio:
NATASHA.- “¡Así!”.
RAMÓN.- Contracciones:
NATASHA.- “Espasmos”.
RAMÓN.- No pares:
NATASHA.- “¡Sigue!”.

RAMÓN.- Adverbio:
NATASHA.-“¡Así!”.

RAMÓN.- Exclamación:
NATASHA- “¡Ouh!”.

RAMÓN.- Grito:
NATASHA .-“¡Ah!”.

RAMÓN.- Exclamación:
NATASHA- “¡Oh!”.

RAMÓN.- Grito:
NATASHA- “¡Ah!”.

RAMÓN.- Clímax:
NATASHA-“¡Ya!”.

RAMÓN.- Grito:
NATASHA- “¡Ahhh!”.

RAMÓN.- Gemido:
NATASHA-“¡Aaaah!”.

RAMÓN.- Exclamación:
NATASHA- “¡Ah!”.

RAMÓN.- Interjección de sofoco:
NATASHA- “¡Uf!”.

RAMÓN.- Exclamación de cansancio:
NATASHA- “¡Uuufff!”.

RAMÓN.- Adjetivo de “maravilla”:
NATASHA- “...Maravillooosssso...”.

RAMÓN.- Emanación epidérmica:
NATASHA- “Sudor”.

RAMÓN.- Sumo bienestar anímico:
NATASHA.- “Éxtasis”.

RAMÓN.- Descenso de movimiento:
NATASHA.- “Pausa”.

RAMÓN.- Distensión física y mental:
NATASHA.- “Relax”.

RAMÓN.- Ausencia de palabras y ruidos, quietud:
NATASHA.- “Silencio”.

RAMÓN.- Inhalar picadura de tabaco encendida:

NATASHA.- “Fumar”.

RAMÓN.- Aspiración, expiración y gemido:

NATASHA.- “Suspiro”.

RAMÓN.- Frase aguda con mensaje e intención de cortejo:

NATASHA.- “Piropo”

RAMÓN.- Para despertarla, lo dio Amor a Psique:

NATASHA.- “Beso”.

RAMÓN.- Menos que risa, muda o silenciosa:

NATASHA.- “Sonrisa”.

RAMÓN.- Pieza para tomar baños de asiento:

NATASHA.- “Bidet”.

Y con la total oscuridad de la escena, cae el

TELÓN.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En el mismo decorado. RAMÓN escribe el final, con una seriedad inhabitual. NATASHA, con expresión melancólica, posa sobre el banco hierática como modelo de escultor. Mientras, la SEÑORA BRIGI está acabando de limpiar el cuarto.

RAMÓN.- *(En voz alta, rubricando la cuartilla) Y, por fin, el FIN*

(RAMÓN, abatido, entra en la alcoba; NATASHA grita algo en ruso denotativo de rabia.)

SEÑORA BRIGI.- Los amores reñidos, los más queridos. *(Como respuesta, NATASHA comienza a lloriquear)* ¡Jesús!: ¿se ha muerto alguien?

NATASHA.- Nuestra historia de amor *(Señalando a la SEÑORA BRIGI la cuartilla que contiene el fin de la novela)*: ¡Nos han hecho firmar el finiquito!

SEÑORA BRIGI.- ¡Hija mía! ¡No será para tanto! ¡Cosas de enamorados! No tardará en arreglarse todo. Estoy tan segura, que hoy no me molesto en hacer la cama.

RAMÓN *(Se le oye desde la alcoba)*.- ¡No haga la cama, “Señá” Brigi!: hoy se va NATASHA, y tenemos un poco de prisa.

NATASHA entra a la alcoba. La SEÑORA BRIGI aprovecha la oportunidad para leer la hoja que ha causado todo aquel revuelo. Impulsivamente la hace un rebujo, y con disimulo y la arroja a la papelera, que vacía en su cubo. Luego

desaparece con el cubo y los otros útiles de limpieza. A continuación se oyen las voces de RAMÓN y NATASHA desde el dormitorio.

RAMÓN.- ¡Quieta, déjame hacértelo!

NATASHA.- ¡Mi vestido!, ¡Cuidado con mis ligas, ¡ay, mis medias...! ¡Menos prisas, que no entra!

RAMÓN.- ¡Encima!

NATASHA.- ¡Debajo!

RAMÓN.- Digo que encima, encima que te hago el equipaje porque te quiero evitar ese mal trago...

NATASHA.- Y yo, debajo, que debajo van mejor los zapatos: así la ropa se arruga menos.

(Entran RAMÓN Y NATASHA;

ésta se ve arreglada para salir y con la maleta en la mano)

RAMÓN.- ¡Qué importan ahora las arrugas! Ayer se cumplió el *ultimatum*. El Anticuario telefoneó. Dijo que te arrepentirías de esto. Por eso he tenido que precipitar el fin de la novela.

NATASHA.- Ah, claro: el sinvergüenza que me ayudó a huir a cambio de ser su prisionera, reclama lo pactado... Esta vez lo olvidé; olvidé que no debía enamorarme. Me cansé de huir, de oír órdenes, amenazas, de ser de todos y de nadie... De pronto apareciste tú y mi vida se llenó de poesía... Tenías una casa con una ventana que daba al Otoño, eras bueno, genial, me decías cosas tan bonitas, tus besos eran tan dulces...*(Pausa. Volviendo a la realidad)* Pero eso ha sido sólo un sueño. Sólo un sueño. Ya se acabó todo. Ya estoy despierta. Ya estoy lista para volver a huir. En realidad es lo único que sé hacer: Huir. Huir para vivir, vivir para seguir huyendo...

(Pausa.)

RAMÓN.- Yo también, Natasha, me paso la vida huyendo, aunque no me mueva de la silla. Huyo de la realidad. Por eso sólo soy feliz cuando sueño. Por eso me refugio en la ficción, por eso duermo en el día y trabajo de noche, por eso me relaciono con maniqués y objetos, y como un loco les hablo y me respondo a mí mismo. Pero yo no estoy loco: es el Mundo el que está loco, y yo tengo que seguir soñando hasta que no

se arregle el Mundo, hasta que no desaparezcan las guerras, los pelotones de fusilamiento, los traficantes de musas... Y entonces quizás un día mi sueño sea uno de esos sueños premonitorios, y al poco aparezcas tú entre la neblina de mi pipa, con tu cabello dorado como las espigas de Ucrania... Entonces yo te llevaré a la ventana para ver caer la suave lluvia de Octubre, y nos daremos de nuevo el primer beso, y ya nunca más nos separaremos, porque nos casaremos y viajaremos...

NATASHA.- ¿"Viajar" has dicho?

RAMÓN.- Sí, viajar, ver mundo.

NATASHA.- ¡Y tú crees que me quedarán a mí ganas de viajar nunca más? No, amorcito. Yo lo que haría es salir de paseo, pero despacito, como si no tuviese que llegar a ninguna parte. Empezaría por la escalera, bajaría con cuidado los escalones: uno, dos, tres... Saludaría al portero: "Qué, es nuevo aquí, ¿verdad? Pues encantada, y espero verlo de nuevo a la vuelta, si Dios quiere"... Cruzaría el portal, me persignaría, y una vez en la calle ---

RAMÓN.- Sí, todo eso está muy bien, ¡pero digo yo que habrá que hacer al menos el viaje de novios!

NATASHA.- ¡Qué costumbre más tonta! Nada más casarse, ¡hala, a irse corre que te corre lo más lejos posible! ¡Cómo si se hubiese hecho algo malo! Yo no tengo por qué irme: que se vayan los demás, y se fastidien de envidia. ¡Con lo bien que se está en casa! ¡Y con la cantidad de cosas que se ven por esa ventana!

RAMON.- Pero no se ve todo el Mundo.

NATASHA.- Pues si por eso es, cómprate un mapamundi.

RAMÓN.- ¿Pero acaso en Rusia no se van de viaje de novios?

NATASHA.- ¡Pero qué equivocado están todos con Rusia! ¡Pero si en Rusia los únicos que viajan son los cosacos y el Transiberiano!

RAMÓN.- Pues yo quiero ser cosaco, o al menos viajar en el Transiberiano. Porque, digo yo, que alguien viajará en el Transiberiano. Y a ti te gustará mucho ver el paisaje por la ventanilla...

NATASHA.- ¡Pero qué equivocado está el mundo con el Transiberiano! Pero si no hay quien aguante ese traqueteo interminable, ni la estepa interminable. Y cuando por fin termina la estepa, empieza la taiga interminable... y cuando y por fin termina la taiga, empieza la tundra interminable... Y por fin llegas a Siberia, y después de estar tantos días clavada en el asiento del dichoso Transiberiano, bajas "hecha un cuatro"!

(imita el baile típico ruso con los brazos superpuestos y “sentada” en el aire), ¡que por eso se quedan así tantos rusos!

RAMÓN.- Pero llegas a Siberia, recién casado.

NATASHA.- ¿”Recién”? ¿Has dicho “recién”? ¡Con lo que dura ese viaje!

RAMÓN.- Pero llegas a Siberia. Hecho un cuatro, de acuerdo, no recién casado, de acuerdo, pero llegas a Siberia. ¡Reconócame al menos que llegas a Siberia!

NATASHA.- Sí, ¿y qué? Llegas a Siberia, y ese día, como todos los días, no te puedes bañar porque hace un frío que pela, y entonces decides dar un paseo por Siberia y ver cómo son los siberianos, y descubres que en Siberia no hay siberianos, que está lleno de ucranianos, de georgianos, de bielorrusos... de todos menos de siberianos.

RAMÓN.- ¿Y dónde están entonces los siberianos?

NATASHA.- ¡Y a mí qué me importa dónde estén los siberianos! ¡Se habrán escapado todos en el *Orient Express*, Ramón, hijo, que tienes cada cosa!

RAMÓN.- ¿Y qué me dices del *Orient Express*, eh? ¡No tendrás nada que objetar al Oriente Express! ¡Pues menudo trencito! ¡Y con viajeros de lo más selecto!

NATASHA.- ¿El *Orient Express* para unos recién casados? ¡Por favor, Ramón, si en ese tren no hay más que vejesterios que no hacen más que comer y criticar!

RAMÓN.- ¡Pues entonces nos vamos a París en tren! ¡Eso! ¡París...la ciudad del amor! Por algo dicen que los niños vienen de París. Es una tontería, desde luego, pero si te paras a pensarlo, no es tan tonta. Porque París es tan romántico, y van allí unos trenes con coche cama de un traqueteo tan suave y tan propicio..., que no me extrañaría nada si nosotros..., vamos, que no hay dos sin tren, digo sin tres...

NATASHA.- ¡Pero qué fijación tiene este hombre con los trenes y con salir de viaje!

RAMÓN.- ¿Y tú porqué tienes tanto empeño en quitarme mis ilusiones? ¡Si a lo mejor no son más que ilusiones!

NATASHA.- (*Despechada*) Por eso, porque son ilusiones, sueños, mentiras, y nunca serán verdad, y yo no soy una muñeca, no, no soy Natasha, ¿entiendes? (*Se quita con la mano los coloretos de muñeca.*) Y no puedo esperar en ningún desván a que venga un hada con una varita mágica y me toque, porque soy una mujer, y me he enamorado de un hombre, que eres tú. Y el amor no puede esperar, porque el tiempo no perdona, y la distancia es el olvido, y el mundo no cambiará, porque esto ya no hay quién lo cambie, porque al que asoma la cabeza para cambiarlo, se la cortan. ¡Esa es la verdad! ¡Para que te enteres!

RAMÓN.- (*Desmoralizado*) ¿La verdad? En estos momentos no sabría decirte lo que es verdad. Tú no eres verdad, porque eres una mujer de verdad. Y yo no sé distinguir la verdad de la ficción porque soy un escritor que apenas sale de casa. Y además confundo el sueño con la vigilia porque escribo de noche y duermo de día. Y encima, cuando ya no creía en los milagros, vienen y me venden un auténtico milagro.

(*Suena el carillón del reloj.*)

¡Huy qué tarde es!

NATASHA.- ¡Y yo todavía aquí! El caso es que no he empezado a irme, pero con tanto viajecito tengo ya un cansancio, y unas ganas de sentarme, o para ser más exacta de tumbarme en la cama y taparme hasta la cabeza y que nadie me encuentre...

RAMÓN.- ¿Quieres que te pida un coche?

NATASHA.- No, gracias. Ya que me tengo que ir, quiero irme despacito, para que no se me borren del todo los recuerdos.

RAMÓN.- ¿Quieres que te acompañe un poco? Esas escaleras son muy peligrosas. Subirlas se suben muy bien, pero...

NATASHA.- (*Riendo*) ¡Qué tontería se me estaba ocurriendo!

RAMÓN.- (*Riendo por contagio*) Anda, dilo.

NATASHA.- Que nos caíamos los dos por las escaleras por ir besándonos.

RAMÓN.- ¿Y nos matábamos juntos?

NATASHA.- ¡Anda, pues claro! Pero moríamos besándonos.

RAMÓN.- ¡Qué muerte tan buena! (*pausa*). También es mala suerte que nos hayamos conocido por una novela de encargo.

NATASHA.- ¡Si al menos hubiese sido una de esas novelas por entregas que no se acaban nunca!

RAMÓN.- (*Cuyo rostro se ilumina de pronto*) Aunque no sirva de nada, voy a romper ese final. Al menos nuestra novela ha de tener un final más bonito.

NATASHA.- ¿Lo dices de veras, Ramón?

RAMÓN.- ¡Lo haré trizas!

NATASHA.- ¡Con lo que te ha costado!

RAMÓN.- ¡Dónde está ese papel! (*dándose media vuelta y yendo a la mesa*).

NATASHA.- ¡Qué idea! A lo mejor sólo tienes que tachar la palabra “FIN” y escribir en su lugar “continuará”.

RAMÓN.- (*Buscando entre los papeles de la mesa*) Imposible.

NATASHA.- ¿Por qué?

RAMÓN.- Porque en la novela tú me habías dejado por un oficial muy apuesto, y yo te escribía una patética carta de despedida antes de quitarme la vida.

(Se abre la puerta de la calle de un golpe y aparece EL POLICÍA SECRETO, un tipo presuntuoso con grandes bigotes y ojos inquisitivos. Entra violentamente, con la pistola apuntando a RAMÓN. NATASHA permanecerá inmóvil en el papel de maniquí).

EL POLICÍA SECRETO.- (*A RAMÓN*) ¡Alto! ¡No se suicide... o disparo! Hemos llegado a tiempo. Cuando digo “hemos llegado”, utilizo el plural de modestia, naturalmente: quiero decir he llegado a tiempo.

RAMÓN.- ¡Quién es usted!

EL POLICÍA SECRETO.- (*Sin dejar de apuntar a RAMÓN*) Un policía.

RAMÓN.- No tiene usted pinta de policía. Baje ese arma, o llamaré a la policía.

EL POLICÍA SECRETO.- ¡No haga usted más el ridículo! ¡Yo soy la policía! Más exactamente: “La policía soy Yo”. Claro, que... No soy cualquier policía...

RAMÓN.- ¿Qué quiere decir?

EL POLICÍA SECRETO.- Yo no quiero decir nada, caballero. Es usted el que quiere hacerme decir lo que yo no debo decir.

RAMÓN.- ¿A qué viene tanto secretismo?

EL POLICÍA SECRETO.- ¡Huy! ¡Casi lo dice! ¡Qué cerca ha estado!

RAMÓN.- “Secretismo”...”Secreto”...

EL POLICÍA SECRETO.- ¡No siga, caballero! ¡No lo diga, que me descubre! ¡Y hará que me trasladen otra vez de ciudad!

RAMÓN.- ¡Ya lo tengo! ¡Es un policía secreto de verdad, como los de las películas!

EL POLICÍA SECRETO.- Está bien, me han descubierto. Sí, soy el famoso policía secreto Narciso Peña. Espero que esto no salga de entre nosotros. Aunque, la verdad, creo que ustedes son las dos únicas personas que todavía no conocen al... (*con énfasis*) ¡famoso policía secreto... Narciso Peña!

NATASHA.- (*Abandonando el pose de muñeca. Al POLICÍA SECRETO*) ¿Ha dicho las dos únicas dos personas? ¿Cómo sabía que yo no era un maniquí?

EL POLICÍA SECRETO.- Es mi obligación saberlo todo (*sacando del bolso de su gabardina una “holandesa” arrugada*). Sé todo del caso; llevo vigilándoles desde hace algún tiempo. Me encomendaron esta misión desde altas instancias del Estado. Es un asunto delicado con implicaciones políticas internacionales. (*A RAMÓN*) La divina Providencia ha querido que esta carta en que usted declaraba su intención de quitarse la vida llegase a tiempo a mis manos; o quizás debiera decir que la Providencia me ha designado a mí, el famoso policía secreto Narciso Peña, para salvarle la vida.

RAMÓN.- (*Riéndose*) Pero si yo no iba a suicidarme. Yo se lo explico: la carta que dice usted...

EL POLICÍA SECRETO.- (*A RAMÓN*) No pierda el tiempo. Todos los suicidas lo niegan cuando se los pilla *in fraganti*. Ahora me dirá que esta carta no es su carta ni esta firma es su firma. (*A NATASHA*) En cuanto a usted, también dése por salvada. Le diré que está en un serio aprieto. El anticuario la ha vendido.

NATASHA.- Estoy acostumbrada.

EL POLICÍA SECRETO.- Quiero decir que la ha traicionado, que la ha delatado a los “rojos” por una buena suma. Y ahora la persigue la policía secreta soviética, que se ha enterado de que usted, condesa Tatiana, no murió en realidad... ¡Sino que escapó gracias al ardid de un oficial “rojo”!

NATASHA.- ¡Ay, sí, pobrecillo! ¿Se sabe qué fue de él?

EL POLICÍA SECRETO.- Consiguió huir de Siberia en trineo, pero no salió muy bien parado. Cuando se acabó la comida de los perros, el trineo se paró, y...

NATASHA.- ¿Y...?

EL POLICÍA SECRETO.- ...Murió congelado.

(Natasha se santigua, compungida)

RAMÓN.- Menos mal: Pensé que iba a decir que se lo comieron los perros.

NATASHA.- Me alegro de que haya salido el tema de Siberia. Por si acaso pensaba alguno que yo exageraba.

EL POLICÍA SECRETO.- ¡Basta ya de pláticas! ¡No hay tiempo que perder! (*A NATASHA*) Ahora debe venir conmigo: Éste ya no es un lugar seguro. Los soviéticos deben de estar pisándonos los talones.

NATASHA.- (Al POLICÍA SECRETO) Déjenos a solas. Quiero despedirme.

(Sale EL POLICÍA SECRETO, nervioso y contrariado, por el pasillo)

RAMÓN.- Era demasiado bonito para ser verdad.

NATASHA.- ¿Qué decías?

RAMÓN.- Que eras demasiado bonita para ser de mentiras. ¡Qué ingenuo soy! Llegué a pensar que el anticuario se conformaría si le hacía una buena novela. Y que, si no, tú y yo nos fugáramos y nos esconderíamos en algún sitio.

NATASHA.- Pero si yo ya estoy fugada, y escondida precisamente aquí.

RAMÓN.- Pero habría otros sitios donde huir.

NATASHA.- En seguida nos encontrarían, y en ese mismo sitio nos sitiarían.

RAMÓN.- Entonces nos casaríamos a toda prisa.

NATASHA.- No nos daría tiempo. Las bodas son muy largas. Sobre todo por el rito Ortodoxo. No nos daría tiempo ni a decir el “sí”, cuando sonaría el fatal “pumpum”.

RAMÓN.- Pues si nos matan, peor para ellos. El mundo conocería nuestra historia. Seríamos mártires. Los nuevos Romeo y Julieta, que se morían por casarse. Ya me imagino los titulares: “Hasta que la boda nos separe”.

NATASHA.- (Riendo) ¡Qué ocurrencias!

RAMÓN.- ¡Pues espérate a ver la sorpresa que tenía preparada para este momento!

(RAMÓN hace un mediomutis y aparece con un trampantojo de estudio fotográfico representando las figuras sin cabeza de una pareja de novios. Coloca el trampantojo alejado y orientado al pasillo)

NATASHA.- ¡Sólo falta el fotógrafo! ¡Seguro que lo tienes también preparado!

RAMÓN.- ¿Cómo lo sabes?

NATASHA.- Porque te conozco, y como se te meta en la cabeza que te tienes que casar, te casas, aunque sea tú solito.

RAMÓN.- Ya te dije, que mi vida era una ficción. A mí me hacía ilusión casarme, aunque fuera con una muñeca...Perdona si te suena a chiste.

NATASHA.- (*De pronto enternecida*) No, perdóname a mí, Ramón. No tengo derecho a quitarte esa ilusión. (*NATASHA se pone en su lugar tras el trampantojo*).

RAMÓN.- ¡Estás tal y como lo había imaginado! Te confieso que más de una vez te imaginé así. ¿Te acuerdas ese día que nos paramos en San Isidro a ver esa boda? “¡Qué bonita está la novia!”, dijiste tú.

NATASHA.- ¡Como que tú no lo pensaste!

RAMÓN.- Sí, es verdad, y luego añadí: “Pues mucho más guapa estaría Natasha”. Y, caprichos de la imaginación, nos vi ahí a los dos casados. Y era muy fácil representárselo, porque era poner en ese vestido y en ese traje la cara de la Inmaculada de Murillo y un rostro de angelote carilleno al que le brillaban mucho los ojos.

NATASHA.- (*Indicando a RAMÓN su lugar en el trampantojo*) ¿No vas a ponerte, amorcito?

RAMÓN.- ¿De verdad te hace ilusión? (*y va corriendo a ponerse tras el trampantojo*).

NATASHA.- ¡Por qué no! ¡De ilusión también se vive! ¿No tienen hasta los condenados a muerte un último deseo? ¡Lástima de que no esté el fotógrafo para que podamos recordar este momento!

RAMÓN.- ¿No te dije que lo había contratado? (*NATASHA anticipa la sorpresa en su cara; Ramón silba hacia el hueco del pasillo y aparece, apenas asomándose al estudio, un fotógrafo vestido de negro y con la cabeza y manos metidas en el faldón también negro de una cámara con trípode en el mismo color, formando fotógrafo y cámara un conjunto homogéneo*): ¡Alehop!: ¡Aquí está el fotógrafo!

NATASHA.- (*Riendo*) ¡Para qué necesitas tú ver mundo, si ya viene el mundo a visitarte!

(*RAMÓN se coloca tras el trampantojo, junto a NATASHA mirando ambos hacia El FOTÓGRAFO. NATASHA Y RAMÓN se besan*).

RAMÓN.- (*A NATASHA*) Ahora pongamos cara de recién casados. (*A EL FOTÓGRAFO*) Estamos listos, señor fotógrafo: puede usted disparar.

(En ese momento NATASHA, que ha tenido una premonición, grita y se tira al suelo empujando a RAMÓN que cae también a su lado. Una décima de segundo sale un disparo de arma de fuego proveniente de la cámara de fotográfica. RAMÓN y NATASHA permanecen inmóviles. EL FOTÓGRAFO da media vuelta y huye con la cámara por el pasillo. Se oyen varios disparos, y luego silbatos de policía. Entra por el hueco el pasillo EL POLICÍA SECRETO. RAMÓN y NATASHA se incorporan .)

EL POLICIA SECRETO.- ¡Adiós al ascenso! ¡Se nos ha escapado!

NATASHA.- ¡Está visto que he de morir fusilada!

RAMÓN.- Es que les hemos tentado, los dos ahí tan colocaditos. Y esta gente siempre entra a trapo.

NATASHA.- Los policías soviéticos volverán a intentarlo, y a la tercera será la vencida. Vencida y muerta.

EL POLICÍA SECRETO.- *(Incorporándose)* No eran los soviéticos. Éste era un anarquista. ¡Son los más peligrosos! Como no tienen cabeza, no actúan lógicamente, de manera que los que tenemos cabeza nunca sabemos cómo van a actuar. *(A NATASHA)* Espero que esto le haya convencido de que debe salir de aquí sin más dilación. Hágalo al menos por este caballero: ya ha hecho peligrar bastante su vida.

RAMÓN.- ¡Pero si acaba de salvármela!

NATASHA.- *(Besa a RAMÓN apresuradamente en el carrillo y se va llorando con EL POLICÍA SECRETO, que cubre el camino con la pistola)* ¡Adiós, Ramón!

RAMÓN.- *(Que se queda desolado con el carrillo marcado de carmín).* No llores, Natasha: recuerda que todo ha sido un sueño... *(Con la vista perdida, hacia los espectadores)* Un sueño. Ese sueño que se esfuma en lo mejor de la ensoñación; justo cuando ella iba a responder con un sí a la declaración de amor; cuando iba a arrancar el tren en el que los dos nos fugábamos: cuando se abría la ropa del tálamo nupcial... Es mi sino. Nací escritor. Soy un ser solitario. Mi realidad son los sueños; mis amores musas evanescentes, que como pompas de jabón, desaparecen si las toco. Adiós, Natasha, o Carmen, o María... Seréis mías un tiempo, y luego eternamente de todos. Sois el Ideal, el Ideal que da sentido a mi vida, y a la vez me mata, el Ideal por el que suspiro y expiro cada día, “lo eterno femenino” que me eleva hasta alturas tan sublimes

como peligrosas. Y ahora, la vida continúa. Mi tinta, roja como mi sangre, pide fluir. El amor se me agolpa (*llevándose las manos al corazón*). Es preciso que acabe la novela. (*Transición. Se dirige al teléfono, marca un número, ahora sonriente*) ¿Almacenes “La Elegancia”? Buenas tardes. Soy RAMÓN... ¡Cómo que qué Ramón!... Ramón Gómez de la Serna, claro... Sí, el de las greguerías. Mire, es que necesitaba ahora mismo uno de esos maniqués de lujo... Importados de París, sí, claro.... De cera de abeja francesa, por supuesto... No los sirven sin vestido; Faltaría más, uno es decente, aunque sea más caro... Pues yo le diré, nada especial: rubia, piel muy blanca y sonrosada, ojos rasgados y negros, de nombre uno que suene mucho... ¿Qué tal “Natasha”?... ¿Que el nombre da igual? ¡Cómo va a dar igual, caballero! ¡Y si le digo que “Natasha” es la protagonista de mi próxima novela?

TELÓN.

FIN DE HASTA QUE LA BODA NOS SEPARE.